

la herencia del maestro suena en otra dirección. Si una clave era la luz, la otra parece sin duda el trabajo, y no sólo como esfuerzo, sino también como ámbito de relación y vinculación social. La idea emancipatoria del trabajo productivo, el humo de la sociedad industrial, se matiza aquí con la necesidad del *crecimiento interior*. La debilidad de la cultura positivista en España permitía volver al yunque frente a la máquina, y encontrar un sentido humano al trabajo como compromiso ético con uno mismo y con los demás. La libertad no es así un valor abstracto, sino la consecuencia de unas relaciones sociales forjadas a golpe de martillo, una situación histórica concreta y conseguida con esfuerzo, que permite a los individuos ser libres.

Por eso se sentirá tan orgulloso Antonio Machado de contar con un trabajo cívico y poder apartarse de las polémicas (esteticistas y positivistas al mismo tiempo) sobre la inutilidad de la poesía. En 1907 había conseguido la cátedra de francés en el Instituto de Soria, y en 1908 publica en el periódico *El Liberal* su famoso «Autorretrato»:

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho donde yago.

Más que una separación de la poesía y el trabajo civil, se trata de configurar una nueva imagen del poeta frente a la tradición de las hazañas bohemias y las leyendas malditas. El esfuerzo de volver a un lenguaje poético elaborado en la convivencia social, y no en los dialectos de un oficio marginado, resulta inseparable de la concepción del poeta que acude a su trabajo y paga con su dinero. Al hablar del pensamiento político del poema se ha repetido mucho otro verso del «Autorretrato»: «hay en mis venas gotas de sangre jacobina». Sin embargo, es mucho más significativo en la tradición literaria, porque provoca una revolución en el interior del simbolismo, otro verso que suele pasar desapercibido: «a distinguir me paro las voces de los ecos». Hoy asumimos con tranquilidad que la «voz» significa la palabra original y el «eco» es el lastre que caracteriza a los epígonos. Pero Antonio Machado se

estaba revolviendo contra una tradición en la que solamente el eco tenía prestigio. La poesía simbolista de signo romántico identificaba el fracaso de la sociedad con el fracaso del lenguaje, y buscaba la verdad en el silencio, en la depuración, en el halo de la luna, ... en el eco. Volver a la voz implicaba para Machado volver a la sociedad, escribir con las palabras de la plaza, identificarse con las ilusiones públicas, esas mismas ilusiones que sostenían su trabajo como profesor de francés, como raíz de su herencia moral institucionalista.

También en 1908 está fechado el artículo «Nuestro patriotismo y la marcha de Cádiz». Tres periódicos de Soria (*Noticiero Soriano*, *El Avisador Numantino* y *Tierra Soriana*) habían decidido celebrar la fecha patriótica del 2 de mayo con un número extraordinario. Antonio Machado, que tiene muy presente el desastre de Cuba y el olor a podrido de los himnos oficiales, prefiere defender el futuro a través del pacto entre cultura y trabajo: «Sabemos que la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos. (...) Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo». Insiste en la misma idea dos años después en su «Discurso de homenaje a Antonio Pérez de la Mata», sacerdote soriano, de Castilfrío, filósofo, catedrático krausista, amigo de Manuel Hilario Ayuso, un cómplice republicano de Machado en aquellos tiempos. No es extraño que el poeta se acabe dirigiendo a los niños. La educación de los niños pudiera ser el mejor tributo al recuerdo del muerto: «Y digo que *pudiera ser*, y no es, porque vosotros representáis un porvenir incierto. Vuestro *mañana*, acaso sea un retorno a un pasado muerto y corrompido. Para que vosotros representéis la aurora de un día claro y fecundo, preciso es que os aprestéis por el trabajo y la cultura a aportar el tesoro que os legaron las generaciones muertas, la obra viva de vuestras manos». Muy machadiana, y muy en la estela de la lección de Giner de los Ríos resulta la apreciación final: «Aprended a distinguir los valores falsos de los verdaderos y el mérito real de las personas bajo toda suerte de disfraces. Un hombre mal vestido, pobre y desdeñado, puede ser un sabio, un héroe, un santo; el birrete de doctor puede cubrir el cráneo de un imbécil».

Un intelectual de la generación más joven, José Ortega y Gasset, convertido muy pronto en referencia inevitable del pensa-

miento renovador español, pronunció en marzo de 1910, en el Ateneo El Sitio de Bilbao, una conferencia titulada «La pedagogía social como programa político», que encerraba toda una apuesta vertebradora del país, apoyada también en el contrato pedagógico: «Si educación es transformación de una realidad en el sentido de cierta idea mejor que poseemos y la educación no ha de ser sino social, tendremos que la pedagogía es la ciencia de transformar las sociedades (...) Esta es la afirmación mediante la cual la democracia se precisa en socialismo. Socializar al hombre es hacer de él un trabajador en la magnífica tarea humana, en la cultura, donde cultura abarca todo, desde cavar la tierra hasta componer versos (...) La pedagogía social que exige la educación por y para la sociedad, exige también la socialización de la educación. El signo de la inmoralidad es el rompimiento de la unidad humana y es inmoral el jurisperito justiniano cuando conoce dos hombres distintos: el libre y el hombre-cosa, el esclavo. Pues bien: la existencia de cultos e incultos, la división de la escuela, es mucho más inmoral porque escinde más a sabiendas la unidad humana. Estimo que los partidos obreros se olvidan un poco de la escuela única».

El concepto de escuela única, con los matices exigidos por las coyunturas, fue uno de los grandes ideales en la ilusión democratizadora de España. *La escuela única* se tituló precisamente el libro que Lorenzo Luzuriaga, el pedagogo republicano español más significativo, publicó en 1931. Discípulo de Giner de los Ríos y de Manuel Bartolomé Cossío, admirador de Ortega y Gasset, fundador de la *Revista de Pedagogía*, colaborador en materia pedagógica en el semanario *España* y en el periódico *El Sol*, responsable de muchos de los documentos sobre la educación aprobados por el PSOE, Luzuriaga representa bien las tradiciones progresistas que podían confluir en la defensa española de la escuela única, es decir, en la necesidad de consolidar una escuela pública en la que los alumnos pudiesen recibir una formación social y democrática, en igualdad de oportunidades, sin distinción por motivos de credos privados o por razones económicas. La tradición krausista tuvo que acercarse al movimiento obrero cuando las contradicciones económicas de la realidad dejaron en evidencia que no bastaba con una solución espiritual.